

CELEBRACIÓN JASÍDICA

EL PESO DE LOS DÍAS

37

Otras obras publicadas
por Ediciones Sígueme:

- B. Zimet, *Cuentos del pueblo judío* (NA 174)
- E. L. Fackenheim, *La presencia de Dios en la historia* (PD 31)
- F. Rosenzweig, *La Estrella de la Redención* (H 43)
- M. Buber, *Eclipse de Dios* (H56)
- S. Herrmann, *Historia de Israel* (BEB 23)
- H. J. Kraus, *Los Salmos* (BEB 53-54)
- C. del Valle (ed.), *La Misná* (BEB 98)

ELIE WIESEL

**CELEBRACIÓN
JASÍDICA**

SEMBLANZAS Y LEYENDAS

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Federico de Carlos Otto, del original francés
Célébration hassidique: portraits et légendes

© Éditions du Seuil, Paris 1972

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf. (34) 923 218 203 - Fax (34) 923 270 563

e.mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1491-2

Depósito legal: S.

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

<i>Prólogo a la edición española</i>	9
<i>Prólogo</i>	11
1. Rabí Israel Baal Shem-Tov	17
2. El gran Maguid de Mezeritch	61
3. Rabí Leví-Itsjak de Berditchev	93
4. Rabí Elimélej y Rabí Zusia	113
5. Rabí Israel de Rizhin	137
6. Rabí Najmán de Bratzlav	163
7. La escuela de Pshiskhe	195
8. Rabí Menajem-Méndel de Kotzk	219
<i>Apéndices</i>	245
Vocabulario jasídico	247
Mapa de los primeros centros del jasidismo	254
Cronología universal, judía y jasídica	256

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Almas llameantes

El mundo del jasidismo es el mundo de mi niñez; es el mundo de mi madre y mi abuelo, un mundo repleto de canciones y fervor. En la mayoría de mis libros he hablado de él de pasada. Para iluminar algunas de mis propias páginas, he evocado a ciertos maestros y he repetido sus relatos: han venido en mi ayuda como lo hacían durante la infancia. Siempre que una página requería profundidad mística, echaba mano de mi experiencia jasídica. He intentado en este libro hacer lo contrario: aquí el jasidismo es el tema principal y mi literatura sólo le presta el marco.

El jasidismo ha sobrevivido a Hitler. Los asesinos consiguieron exterminar a los jasidim (fueron sus primeras víctimas), pero de alguna manera se mostró impotente contra la idea jasídica. Es un hecho que el jasidismo se ha hecho popular de nuevo en los cinco continentes y sobre todo entre los jóvenes. ¿Por qué? Porque el jasidismo subraya la importancia y la condición sagrada del hombre y de aquello que lo hace humano. En una sociedad dominada por las máquinas, es natural que la juventud, que no puede recurrir a nada, quede fascinada por los maestros antiguos que le dicen que el hombre es a la vez el misterio último del universo y la clave de este misterio.

También por otra razón nos concierne hoy el jasidismo. Nuestro tiempo se parece al de Baal Shem-Tov, quien consiguió, a principios del siglo XIX, en algún lugar de los Cárpatos, infundir nueva esperanza a comunidades que se anegaban en la

desgracia. El mensaje era el mismo: aunque la oscuridad os rodea, está en vuestras manos elevaros hasta las estrellas. ¿Que es difícil? ¿Y qué? Tenéis que derrotar a la noche *porque* es difícil. ¿Que es difícil aferrarse a la fe? ¿Y qué? *Porque* es difícil, si no imposible, tenéis que abrazar la fe.

Cuando me preguntan qué clase de judío soy, respondo: un judío jasídico. Como tal, creo en el poder de contar cuentos, de la oración, del *divuk jaberim*, o sea, del hacer amigos. Ningún movimiento religioso ha elevado nunca la amistad a tal grado de compromiso total. Los jasidim se reúnen los sábados o los días de fiesta en las escuelas de sus maestros, no sólo para estar con ellos sino también para estar los unos con los otros, para compartir recuerdos y esperanzas, para ayudarse mutuamente a superar la melancolía y la soledad.

Esto fue en tiempos el jasidismo y esto es ahora el jasidismo: un potente remedio para la soledad. No es de extrañar que siga vivo. Siguió vivo porque hizo que siguieran vivos sus adeptos.

¿Almas encendidas? Sí. Sus almas ardían, ardieron. Como sus sueños; como sus palabras. De cuando en cuando, vuelvo a contar sus relatos con el solo fin de atrapar una chispa.

PRÓLOGO

*Mi padre, espíritu lleno de lucidez, creía en el hombre.
Mi abuelo, ferviente jasid, creía en Dios.
Uno me enseñó a hablar; el otro, a cantar.
Ambos amaban las historias.
Con frecuencia, al contarlas, sigo oyendo su voz.
Más allá de la tormenta, estos murmullos sólo pretenden
volver a unir a los que han sobrevivido con su memoria.*

Antes de emprender su primera peregrinación a las fuentes de la experiencia jasídica, el narrador considera útil explicarse brevemente, con la única pretensión de precisar el sentido y el objetivo de su recorrido.

Es evidente que su propósito no consiste en llevar a cabo una obra científica o de erudición. No pretende hacer de historiador ni de filósofo; sólo lo define ese otro, más modesto y limitado, de narrador que, con la mayor fidelidad posible, transmite, especialmente a través de la palabra, aquello que ha recibido; pero aportando también su propia voz y su acento y, en ocasiones, su admiración o más simplemente su fervor.

Este es, pues, un volumen que podría haberse compuesto y estructurado de forma diferente; este maestro mejor que aquel otro, esa leyenda además de tantas otras.

El narrador ha escogido un poco al azar sus personajes, en el curso de algunas conferencias y lecturas comentadas, llevadas a cabo aquí y allá, tanto en Francia como en Estados Unidos. Más que exponer el aspecto teórico, o las implicaciones socio-teoló-

gicas del jasidismo, ha preferido hacer revivir a algunos de los personajes que pueblan su universo, el universo de su infancia. Ellos todavía lo fascinan, conviven con él cada vez más. Y es que el movimiento jasídico, que predicaba la fraternidad y la reconciliación, se convirtió en el altar sobre el que fue inmolado todo un pueblo. A veces, el niño que hay en mí me dice que el mundo no se merecía esa ley, ese amor, ese mensaje de espiritualidad, ese canto que acompaña al hombre en su camino solitario; el mundo no se merecía las fábulas y parábolas que los jásidim le contaban, y ésa es la razón por la que ellos fueron los primeros destinados al torbellino.

A estos jásidim, cuyo destino compartió mi abuelo en la vida y en la muerte, yo los he conocido. Conmovedores por su simplicidad, prendados de la belleza, sabían adorar. Y dar confianza. En la alegría sabían dar, recibir; sabían compartir, participar. En su comunidad, ningún mendigo pasaba hambre el *sabat*. A pesar de su miseria, a pesar de la constante amenaza que pesaba sobre sus niños y ancianos, no reivindicaban ni exigían nada de nadie, nada del otro; no pensaban que se les debía todo. Emocionados siempre por la más pequeña señal de bondad, de compasión, respondían con agradecimiento. En consecuencia, no podían sobrevivir en una sociedad donde reinaba la fría crueldad, organizada e impersonal.

¿Por qué interesarse actualmente por estas cosas? ¿Acaso el hombre moderno se siente culpable ante ellos? ¿Es que su muerte está pesando sobre su conciencia? Es posible. Pero hay todavía algo más. Existe quien se siente marcado, afectado por su mensaje, cuya pérdida para él está irrevocablemente unida a su propia incapacidad para creer y comenzar de nuevo. «Dios es oración», decía el rabí Pinjás de Koretz. Y nunca el hombre moderno estuvo tan cerrado a la oración.

Hay que decir también que todas las condiciones que se daban en el siglo XVIII para la llegada del jasidismo, se dan de igual manera en nuestros días: las guerras que no terminan nunca, los ídolos caídos, el flagelo de la violencia, del caos. ¿Adón-

de huir, dónde esconderse? El infierno existe y está en este mundo, decía el rabí Najmán, pero nadie se atreve a divulgarlo. Falso. Hoy sí existe ese atrevimiento. Mirad vuestro periódico preferido. Nunca nuestros jóvenes han sufrido tantas decepciones, tantas derrotas. Nunca la humanidad ha conocido una angustia similar, ni parecida fealdad. Nunca ha sentido una incomodidad tan grande ante el ruido, un horror tan inmenso ante las promesas burladas. El cuerpo se pasea sobre la luna, el alma trepa sobre el sol. Antes pasaba lo contrario. Desesperado ante el presente, el hombre –y particularmente el hombre joven– buscaba la belleza en la leyenda, en la amistad, como en otro tiempo lo hizo el jasid.

En su universo, los mendigos son príncipes; los mudos, sabios. Dotados de fuerza, los vagabundos recorren la tierra, la vuelven cálida y la transforman. Esto, justamente esto, es el jasidismo: poner el acento en la presencia y, también, en el cambio. En el jasidismo todo es posible, todo llega a ser posible por la presencia de un solo hombre que sabe escuchar, amar y entregarse. En esto consiste la leyenda jasídica, en intentar humanizar el destino.

Evidentemente, la historia que he tratado de contar ha sido contada ya, más de una vez y por más de un mensajero; se trata siempre de la misma historia, y yo lo único que hago es transmitirla nuevamente.

¿Una repetición inútil? Es posible. Pero, en el judaísmo, la repetición puede desempeñar un papel creador. Del rabí Eliezer ben Hyrkenos se decía que nunca había enunciado una palabra que no hubiera oído a su maestro. Extraña cortesía. En tal caso, ¿es que el rabí Eliezer descubrió nada por sí mismo? Sí, mucho. Que fuera repitiendo la enseñanza que le unía a la tradición de Israel, no quita valor a su forma de contribuir al pensamiento judío y a su expansión. Transmitir es más importante que innovar. Todas las preguntas que un alumno va a plantear a sus maestros, y esto hasta el fin de los tiempos, las conocía ya Moisés. No obstante, nosotros debemos plantearlas para, al repetirlas, ha-

cerlas nuestras. En hebreo, *massorá* –tradición– proviene del verbo *limsor*, transmitir; ser judío consiste en insertarse en la tradición para transmitirla. Esta necesidad de comunicación, de compartir, alcanza en nuestra historia la fuerza de una obsesión.

Ciertamente, todas las experiencias no se hacen pensando que vayan a encontrar su expresión en la palabra. Existe también todo aquello que se transmite de ser a ser como un murmullo y mediante el silencio; por la mirada o –¿por qué no?– a través de la risa. El rabí Henoj de Alexander sabía que cuando su maestro, el rabí Méndel de Kotzk, le contaba historias graciosas, se estaba lamentando sobre el templo de Jerusalén en ruinas. Cuando yo escuchaba, en el crepúsculo del *sabbat* incipiente, a los viejos hablando de sus rabís respectivos, cerraba los ojos para ver lo que ellos veían.

El Besht, el Maguid, Leví-Itsjak, el Rizhiner: no tengo más remedio que mostrarlos tal y como el niño que yo era los percibí, tal como los ve todavía. Se trata de retratos subjetivos, parciales, con inevitables repeticiones, con errores y lagunas; tal vez, iluminan más al narrador que a los personajes. Podría ser que no hubiera evocado al rabí Najmán de Bartzlav o al rabí Méndel de Kotzk más que para señalar sus influencias sobre su actitud respecto al lenguaje, y las trampas que plantea al hombre, y aquello que constituye su verdad y su soledad, su verdad en su soledad.

Tal vez, he realizado el esbozo de Leví-Itsjak de Berdichev únicamente para situarme en su misma línea. Y los del rabí Elimelej de Lizensk o el Vidente de Lublin para proclamar en voz alta mi admiración por la forma que ellos tenían de transformar dudas y aflicciones en llamadas al entusiasmo, a la celebración de la vida. Y el del rabí Zusia para reconocer lo que el narrador que hay en mí le debe, lo que debe a todos esos rabís de otra época que siguen siendo sus maestros.

La omisión de ciertas figuras ilustres sólo se debe al azar, únicamente al azar. Shneír-Zalmen de Ladi, Jaím de Czanz, Itsjak-Meír de Guèr, Meír de Premishlan, Naftalí-Hersh de Rops-

hitz, Shalom de Belz, Méndel de Kossov, Moshé de Ujhely. Cada uno de ellos ha creado escuela, cada uno constituye una fuente de enriquecimiento y el narrador espera demostrarlo más adelante; su peregrinación no ha hecho más que comenzar. Si sus prioridades parecen arbitrarias, es porque vienen dictadas por su memoria. En su ciudad, se hablaba más de Rizhin que de Guèr, se percibía más la cercanía del Besht que la de sus comentaristas. Su elección, en consecuencia, se realiza según criterios que nadie tiene la obligación de aceptar. Utiliza aquello que le resulta necesario y deja el resto para mejor ocasión; si prefiere un relato a otro sobre determinado rabí no significa que lo considere más verdadero, sino que, simplemente, ha oído uno y no otro; si una misma historia se atribuye a dos, tres o cinco maestros, lo que ocurre con frecuencia, se decanta por aquel con quien experimenta mayor afinidad. No será el primero en actuar así. Todos los jasidim lo hacen, lo han hecho después del Besht; ¿por qué iba a privarse él de hacerlo también?

En su calidad de narrador, que es la esencial, el autor no obedece más que a una motivación: narrarse a sí mismo al hacer de narrador. No trata de enseñar nada ni de convencer a nadie sino, simplemente, trata de aproximar, crear nuevos vínculos. No intenta en absoluto desvelar o explicar lo que fue, o incluso lo que es, sino de arrancar de la muerte ciertas oraciones, ciertos rostros, invocando a la imaginación y a la nostalgia, que hacen que el hombre se ponga a escuchar cuando se le cuenta su propia historia.